

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo Ignacio quiso renunciar el generalato, y sus compañeros no lo consintieron.

Viendo pues Ignacio confirmada otra vez la Compañía por el papa Julio III, y con el buen suceso que nuestro Señor le iba dando, cada día más firme y establecida, llamó á Roma, el año de mil y quinientos y cincuenta, á todos los principales padres de la Compañía que estaban en varias tierras y provincias y sin detrimento della podían venir. Venidos, los hizo juntar en un lugar, y teniéndolos juntos á todos, les envió una carta escrita de su mano, que es ésta que se sigue:

«A los carísimos en el Señor nuestro, los hermanos de la Compañía de Jesús.—En diversos meses y años, siendo por mí pensado y considerado, sin ninguna turbación intrínseca ni extrínseca que en mí sintiese que fuese en causa, diré delante de mi Criador y Señor, que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender á mayor alabanza y gloria de la su divina Majestad.

«Mirando realmente y sin pasión alguna que en mí sintiese, por los mis muchos pecados, muchas imperfecciones y muchas enfermedades, tanto interiores como exteriores, he venido muchas y diversas veces á juzgar realmente que yo no tengo casi con infinitos grados las partes convenientes para tener este cargo de la Compañía, que al presente tengo por inducción y imposición della. Yo deseo en el Señor nuestro que mucho se mirase y se eligiese otro que mejor, ó no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía, y eligiendo la tal persona, deseo asimismo que al tal se diese el tal cargo. Y no solamente me acompañe mi deseo, mas juzgando con mucha razón para que se diese el tal cargo, no sólo al que hiciere mejor, ó no tan mal, mas al que hiciere igualmente. Esto todo considerado, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo mi Dios y mi Criador, yo depongo y renuncio simplemente y absolutamente el tal cargo que yo tengo, demandando, y en el Señor nuestro con toda mi ánima rogando, así á los profesos como á los que más querrán juntar para ello, quieran aceptar esta mi obligación, así justificada en la su divina Majestad.

«Y si entre los que han de admitir y juzgar, á mayor gloria divina, se hallase alguna discrepancia, por amor y reverencia de Dios nuestro Señor demandando lo quieran mucho encomendar á la su divina Majestad, para que en todo se haga su santísima voluntad, á mayor gloria suya y á mayor bien universal de las ánimas y de toda la Com-

pañía, tomando el todo en su divina y mayor alabanza y gloria para siempre.»

Leída esta carta, todos los padres á una voz comenzaron á alabar lo que Ignacio pretendía hacer y su deseo tan santo, maravillándose mucho de tan profunda humildad como en este hecho resplandecía, porque siendo tan escogido y tan aventajado en tantas maneras su gobierno, se tenía por tan insuficiente para gobernar. Mas con todo esto, dicen que no pueden ellos con buena conciencia hacer lo que pide, ni podrán acabar consigo de tener otro general mientras que él viviere; y esto le dieron por respuesta, enviando quien se la diese de su parte, y añaden más: que él era padre de la Compañía, que á él tenían por maestro y guía de todos, y que pues Dios le había escogido para que como sabio arquitecto pusiese el fundamento desta espiritual edificio, sobre el cual ellos y todos los demás hijos suyos se vayan como piedras vivas asentando sobre la suma piedra angular, que es Cristo Jesús, y crezcan para hacer este santo templo al Señor, que en ninguna manera querrán hacer cosa por la cual vengan á ser tenidos, ó por desconocidos deste tan grande beneficio, ó por desagradecidos é ingratos á Dios. En este mismo tiempo cayó Ignacio en una muy recia enfermedad, y como pensase que le quería el Señor librar de la cárcel del cuerpo, era tanto el gozo que con esta esperanza sentía su alma, y tales los afectos y sentimientos della, que de pura alegría no era en su mano reprimir las lágrimas que con abundancia le venían á los ojos, y fué necesario que los padres le rogasen, y los médicos le amonestasen, que se divirtiese de aquellos santos y amorosos y encendidos deseos, y que no tratase tanto ni tan á menudo de levantar sus pensamientos al cielo, porque le causaban notable debilidad y flaqueza.

CAPÍTULO II.

De las Constituciones que Ignacio escribió.

Perdida la esperanza de descargarse del peso de su oficio, y libre ya de su nueva enfermedad, entendiéndose ser aquella la voluntad de Dios, aplicóse Ignacio con nuevo ánimo al gobierno de la Compañía, y á procurar de dar su perfección á las cosas que había comenzado; y lo primero de todo, para ceñirla con leyes y atarla con reglas y constituciones, mostró á los padres las Constituciones que él mismo había escrito, importunado de toda la Compañía, para que las viesen y examinasen. Hoy día tenemos un cuaderno escrito de su misma mano, que se halló, después de su muerte, en una arquilla, en el cual, así para ayudar su memoria, como para mejor acertar en lo que determina-

ba, escribía día por día las cosas que pasaban por su alma mientras hizo las Constituciones, así tocantes á las visitaciones y resplandores celestiales con que Dios le regalaba, como á la manera que tenía en pensar y deliberar lo que escribía. Por esta escritura claramente se ve la virtud de Ignacio y la grandeza de la divina liberalidad para con él, y la autoridad y peso que han de tener para con nosotros las Constituciones. No quiero decir de las otras materias, porque sería cosa larga; bastará tocar lo que sobre la pobreza que en la Compañía se ha de guardar, le pasó. Cuarenta días arreo dijo misa y se dió á la oración con más fervor que solía, para solamente determinar si convenía ó no que las iglesias de nuestras casas profesas tuviesen alguna renta con que sustentar el edificio, servicio y aderezo dellas. Y como yo tengo para mí, Dios nuestro Señor inspiró y movió á Ignacio á escribir, distinta y compendiosamente, todo lo que por espacio de los cuarenta días le aconteció en la oración de la mañana, en la preparación para la misa y en la misma misa, y en las gracias que se hacen después de haberla dicho. Digo que le inspiró Dios á escribir esto, para que nosotros supiésemos los regalos y dones divinos con que era visitada aquella alma, y para que cuanto él más los encubría con su humildad, tanto más se descubriesen y manifestasen para nuestro provecho y ejemplo. Allí se ve con cuánto cuidado examinaba y escudriñaba su conciencia, cuán encendida y fervorosa era su oración, cuántas y cuán continuas eran sus lágrimas, cuántas veces la grandeza de la consolación del espíritu brotaba fuera y redundaba también en el cuerpo, y quedando sin pulsos, le venía á faltar la voz, y perdido el aliento, no podía hablar, palpitando sensiblemente todas las venas de su cuerpo. Allí también se ve cómo era su entendimiento alumbrado y enriquecido con casi continuas y admirables revelaciones de la Santísima Trinidad, de la divina esencia, de la procesion, propiedad y operación de las divinas personas, y cómo era enseñado en aquel sacratísimo misterio, así con inteligencias interiores y secretas, como con figuras externas y sensibles. Y no eran breves estas visitaciones, ni como de paso estos regalos divinos, sino muy largos algunas veces y de muchos días, y que en el aposento y en la mesa, dentro y fuera de casa le acompañaban, y con la fuerza de su grandeza le traían absorto y elevado y como á hombre que vivía con el cuerpo en el suelo y con el corazón en el cielo. No hay para qué contar por menudo cada cosa destas. Esto he tocado para que entendamos con qué reverencia habemos de recibir las Constituciones, y con cuánto cuidado y solicitud las debemos guardar; aunque Ignacio, por su grande modestia y humildad, con haber recibido tantas inteligencias sobrenaturales y tantos testimonios de la voluntad divina, y tener autoridad para ello, no quiso que las Constituciones tuviesen fuerza ó firmeza alguna para obligar hasta que la Compañía las aprobase y tuviese por buenas; lo

P. B.

cual se hizo en Roma después del muerto, el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho, en la primera congregación general de toda la Compañía que se celebró después del muerto; en la cual las Constituciones todas, como él las escribió, fueron con suma veneración recibidas, y con un mismo consentimiento y voluntad por todos los padres confirmadas.

CAPÍTULO III.

De la institución y principio del colegio romano.

Uno de los que vinieron este año á Roma llamados por Ignacio, fué don Francisco de Borja, duque de Gandía, que como ya dijimos, era profesor, aunque ocultamente, de la Compañía; el cual, entendiéndose cuánto provecho se podía hacer en aquella ciudad, que es cabeza del mundo y de donde toda la cristiandad se gobierna, y especialmente toda nuestra Compañía, por tener en ella su cabeza y propósito general, y juzgando que no era razón que habiendo sido ella la primera de todas en acoger y abrazar la Compañía, careciese del fruto que otras muchas reciben de su enseñanza y doctrina, procuró que en Roma se fundase un colegio (siguiendo en esto el parecer y consejo de nuestro padre Ignacio), al cual se dió principio el año de mil y quinientos y cincuenta y uno, á los diez y ocho de Hebrero, en unas casas muy estrechas que estaban debajo del Campidolio, con catorce estudiantes de la Compañía, que tenían por rector á Juan Peletario, frances; que para este número era bastante la limosna que entonces había dejado el Duque de Gandía. Mas luego, el mes de Septiembre siguiente, doblándose el número de los nuestros, se pasaron á otra casa más anchurosa y capaz. Enseñaban en aquel tiempo nuestros preceptores á sus oyentes solamente las tres lenguas, hebrea, griega y latina, y arte de retórica, lo cual no se hacía sin grande ofension y queja de los otros maestros de la ciudad, tanto, que algunas veces se iban, rodeados de sus discípulos, á las escuelas de los nuestros, y entraban de tropel, y les pateaban y deshonoraban de palabra, haciéndoles mil befas con harta descomedimiento; hasta que el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, á los veinte y ocho de Octubre, en la iglesia de San Eustaquio, los maestros de la Compañía tuvieron sus oraciones y disputas, en presencia de muchos cardenales y obispos y hombres de grande erudición y autoridad, con tanta gracia y doctrina, que se reprimió el atrevimiento de los maestros de fuera, que andaban tan alborotados como dije; pero mucho más se convencieron y allanaron el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, con las conclusiones públicas que nuestros preceptores sustentaron, no sólo de retórica y de las tres lenguas, como hasta entonces habían hecho, sino de toda la filosofía y teología, las cuales facultades aquel año fué la primera vez que se comenzaron á leer en nuestro colegio en Roma, del cual era superior en aquel tiempo el doctor Martín de Olave teólogo de exce-

lente doctrina y ejemplo de vida, el cual dió mucho lustre en sus principios al colegio romano. Creció aquel año el número de los hermanos del colegio á sesenta, y el siguiente á ciento, y como ya no pudiesen cómodamente caber en las casas donde estaban, por su estrechura, se pasaron, el año de mil y quinientos y cincuenta y seis, á otras más anchas, en las cuales residieron por espacio de cuatro años, hasta que el año de mil y quinientos y sesenta, doña Victoria Tolfa, sobrina del papa Paulo IV, por autoridad y consejo del pontífice Pio IV, nos dió un sitio muy acomodado, ancho y saludable y de los mejores y más poblados de Roma. Había esta señora comprado muchas casas con el favor y brazo de Paulo IV, su tío, para hacer dellas una obra pia, conforme al testamento de Camilo Ursino, marqués de la Guardia, su marido, y habíalas juntado con las casas en que ella moraba y con otras donde había habitado muchos años Paulo IV siendo cardenal, y hecha de todas una como isla, rodeada de calles por todas partes; y en el tiempo que ménos se esperaba ni pensaba, las dió á la Compañía, con grande liberalidad, para la fundacion y asiento de este colegio romano. En esta casa se vino á multiplicar en gran manera el número de los nuestros, que llegaron á ser doscientos y veinte, y de casi todas las provincias y naciones de la cristiandad; porque acontece hallarse en un mismo tiempo muchas veces en él hermanos de diez y seis y más naciones, así en las lenguas como en las costumbres diferentes, mas en un ánimo y voluntad con suma concordia y fraternal amor ayuntados; los cuales la divina bondad, en tiempos de grande carestía y muy apretados, ha sustentado siempre, respondiendo su divina Majestad á la fe y esperanza con que Ignacio comenzó una obra tan alta con tan poco arrimo y favor de los hombres. Deste colegio han nacido, como de su fuente y origen, casi todos los demas que en Italia, Alemania, Bohemia, Polonia, Francia y Flandes se fundaron; y ésta es la causa por que Ignacio (cuyos pensamientos y cuidados se empleaban todos siempre en buscar la salud de las almas) trabajó tanto por hacer y llevar adelante este colegio, porque veía que no sólo se ordenaba para provecho y bien de una sola ciudad, como otros, mas que se había de extender su fructo por muchas nobilísimas provincias y naciones, tan depravadas con perniciosos errores y tan apartadas de la luz evangélica; lo cual habiendo visto por experiencia nuestro muy santo padre Gregorio XIII, movido del grandísimo fructo que deste colegio se sigue, y de la necesidad que el seminario del clero romano, y los de alemanes, ingleses y otros que su beatitud (para bien destas naciones) ha fundado, tienen del colegio romano para su gobierno y doctrina, con ánimo de señor y padre y de pastor universal vigilantísimo y de príncipe liberalísimo, ha querido ser fundador deste colegio, labrándole de una obra suntuosa y dotándole con muy bastante renta, para que en él se pueda sustentar gran número de estu-

diantes y maestros de diferentes naciones de nuestra religion, para sustento y arrimo de todos los demas. Y para declarar que era ésta su intencion en la fundacion del colegio romano, mandó su Santidad hacer una rica medalla, la cual se puso debajo de la primera piedra el dia que se comenzó el edificio, en la cual estaban estas palabras: «Gregorio, papa XIII, edificó desde sus primeros comienzos y dotó el colegio de la Compañía de Jesús, como seminario de todas las naciones, por el amor que tiene á toda la religion cristiana, y particular á esta Compañía. En Roma, año del Señor de mil y quinientos y ochenta y dos, y el deceno de su pontificado.»

CAPÍTULO IV.

De algunos colegios que se fundaron en España, y de la contradiccion que allí hizo á la Compañía el Arzobispo de Toledo.

Dado este principio al colegio romano, volvió á España el duque don Francisco de Borja. Llegado á ella, renunció su estado á don Carlos de Borja, su hijo mayor, y dejado el hábito seglar, tomó el de la Compañía y se recogió á Vizcaya, como á provincia más apartada y quieta, para con ménos embarazo darse á la vida religiosa. Allí se ordenó de misa, y comenzó á predicar y á pedir como pobre limosna de puerta en puerta, con grande admiracion y edificacion de las gentes. Movidos de la fama desta obra y de tan raro ejemplo de menosprecio del mundo, vinieron á él algunas personas illustres y de grande autoridad, y por su medio entraron en la Compañía. La primera habitacion que tuvo fué en el colegio de Oñate, al cual Pedro Miguel de Araoz, natural de aquella tierra, había poco ántes mandado su hacienda. En el mismo tiempo se comenzó el colegio de Búrgos, porque el cardenal don Francisco de Mendoza, luégo que le hicieron obispo de aquella ciudad, pidió al padre Ignacio algunos de la Compañía, para que anduviesen por su diócesi predicando y enseñando á sus ovejas la palabra de Dios. Dióselos Ignacio, y ellos hicieron tambien su oficio, y con tanto provecho de las almas, que se dió ocasion á los de Búrgos para que en su ciudad desearan tener á la Compañía y les hiciesen casa, la cual despues creció mucho y se augmentó con el fervor de los sermones del padre maestro Francisco de Estrada. Al colegio de Medina del Campo dió tambien principio Rodrigo de Dueñas, á quien Dios había dado gran devocion de ayudar con sus muchas riquezas todas las obras pías y de caridad; el cual, habiendo tratado y comunicado familiarmente á los padres Pedro Fabro y Antonio de Araoz, y movido por su conversacion y ejemplo, pidió, para su consuelo y para provecho de aquella villa (cuyo vecino y morador era), algunos de los nuestros. Fueron y comenzaron á predicar por las plazas con nuevo y admirable fructo, el cual aficionó más la gente principal de aquel pueblo y dióles mayor deseo de tener allí la Compañía. El año de mil y qui-

nientos y cincuenta y uno fueron los nuestros para fundar el colegio de Medina, el cual despues edificaron y dotaron con buena renta Pedro Cuadrado y doña Francisca Manjon, su mujer, personas ricas y muy religiosas y devotas. Mas para que con los prósperos sucesos no se descuidase la Compañía, no le faltaron ocasiones de ejercitar la paciencia y humildad por una grande contradiccion que se despertó en este tiempo contra los nuestros en España por parte de don Juan Siliceo, arzobispo de Toledo, el cual, siendo mal informado del instituto de la Compañía, mandó que todos los sacerdotes de Toledo que hubiesen hecho los ejercicios espirituales de la Compañía no pudiesen usar el oficio de confesores, y asimismo leer por los pulpitos de las iglesias edictos públicos, por los cuales mandaba que, so pena de excomunion mayor, ninguno de sus súbditos se confesase con los de la Compañía, ni recibiese otro sacramento de sus manos. No había entónces en todo su arzobispado otro colegio sino el de Alcalá. Tomáronse muchos medios de ruegos é intercesiones con el Arzobispo para que no usase de tanto rigor, y no se pudo acabar con él, hasta que el Consejo Real, habiendo visto y examinado nuestras bulas y privilegios, juzgando que el mandato del Arzobispo era contra la voluntad y autoridad del sumo Pontífice, nos restituyó nuestro derecho y libertad, declarando por sus provisiones reales que el Arzobispo nos hacia fuerza y que no podia legítimamente hacer tal prohibicion; al cual tambien el papa Julio III, informado de Ignacio de lo que pasaba, escribió con severidad apostólica, diciéndole que se maravillaba mucho, y le pesaba, que siendo la Compañía, como era, aprobada por la santa Sede Apostólica, él no la tuviese por buena, y que siendo por todas las partes del mundo tan bien recibida (por el grande fructo que en todas ella hacia), él solo la contradijese, y pusiese mácula y dolencia en lo que todos los demas tanto alababan, deseaban y pedían.

Con estas letras de su Santidad, y con la provision real, revocó el Arzobispo sus primeros edictos y nos mandó restituir nuestra libertad para poder usar de nuestras facultades y privilegios. Y es cosa tambien de notar que cuando Ignacio fué avisado desta contradiccion que hacia á la Compañía un príncipe tan grande como era el Arzobispo de Toledo, me dijo á mí, con un rostro muy sereno y alegre, que tenía por muy buena nueva para la Compañía aquella persecucion, pues era sin culpa della, y que era señal evidente que se quería servir Dios nuestro Señor mucho de la Compañía en Toledo, porque en todas partes había sido así, que donde más perseguida había ella sido, allí había hecho más fruto, y que pues el Arzobispo era viejo y la Compañía moza, naturalmente más viviria ella que no él. Y vióse ser verdad lo que dijo Ignacio por lo que despues ha sucedido y comenzóse á ver luégo que murió el Arzobispo; porque siendo llamada la Compañía para morar en la ciudad de Toledo, las primeras casas que se dieron á los

nuestros para su morada fueron las que el mismo arzobispo Siliceo había labrado para colegio de los clerizones (1) de su Iglesia; lo cual, no sin razon, consideraron muchos, y gustaron de ver que todo cuanto el Arzobispo (con buen celo) hizo contra la Compañía, vino á parar en que cuando más nos perseguía, nos labraba (sin entenderlo él) las primeras casas en que habíamos de morar en aquella ciudad.

CAPÍTULO

Cómo Ignacio hizo provincial de Italia al padre Lainez, y Claudio Yayo murió en Viena.

Mientras la Compañía se probaba de la manera que habemos dicho en España, nuestro Señor la multiplicaba con nuevos colegios en Italia. El de Florencia tuvo principio por la liberalidad de doña Leonor de Toledo, duquesa de aquella ciudad; la cual desde que la conoció, mostró siempre mucho amor á la Compañía. En Nápoles tambien y en Ferrara se comenzaron los colegios que agora tenemos en estas ciudades. Para el de Nápoles importó mucho la residencia que allí hizo el padre Salmeron, enviado de Ignacio á aquel reino para este efeto. El de Ferrara comenzó Hércules de Este, segundo duque de Ferrara, el cual había ántes tratado á los padres Bovadilla y Claudio Yayo, y favorecido la Compañía en sus principios, y fué á Ferrara para asentar el colegio el padre Pascasio Broeth. Dióse cargo destes colegios, y de los demas que ya había en Italia, con oficio y nombre de provincial, al padre Diego Lainez, el cual al fin del año de mil y quinientos y cincuenta había vuelto á Roma, de Berbería, adonde había ido con el virey Juan de Vega á la conquista de la ciudad de Africa, que tenía Draguth, cosario famoso, para espanto y destruicion de los reinos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña. En la cual guerra trabajó mucho en curar los enfermos y heridos, y en confesar los soldados, y en animar y esforzar á todos á pelear, y morir como cristianos por la honra de Dios y por el ensalzamiento de su santa fe. Y fué nuestro Señor servido de darles victoria casi milagrosa, y que se ganase á los enemigos aquella tan fuerte plaza. A la cual yendo despues el padre Hierónimo Nadal, para hacer los oficios que había hecho el padre maestro Lainez, y para animar con espíritu cristiano, y servir á los soldados que quedaban en guarnicion, escapó milagrosamente de un naufragio espantoso, en el cual pereció el hermano Isidro Esbrando, compañero de su navegacion, el año de mil y quinientos y cincuenta y uno. En Alemania no crecía ménos la Compañía en este tiempo, porque el rey de romanos don Fernando, deseando reformar los estudios de la universidad de Viena, y reprimir el furor de los herejes, que iban cudiendo cada dia más, é inficionando sus estados, envió por el padre Claudio Yayo, y pidió á Ignacio otros teólogos de la Compañía, para que

(1) Seises, triples y monaguillos.

leyesen teología en aquella universidad. Fueron á Viena los nuestros el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y uno, y mandólos aposentar el Rey en un cuarto del monasterio de Santo Domingo, apartado de los frailes. Despues, por no tener á aquellos padres religiosos ocupada su casa, se pasaron los nuestros á otro monasterio que habian desamparado los frailes carmelitas, dándole á la Compañía de buena voluntad los superiores de aquella religion. En este colegio de Viena, el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, día de la Transfiguracion, pasó desta vida á la inmortal el padre Claudio Yayo, uno de los primeros diez padres de la Compañía. Fué natural de Saboya; trabajó bien y fiel y diligentemente en la defension y acrescentamiento de la fe católica, en Italia, Baviera, Suecia, Austria y en toda Alemania. Y en la dieta de Augusta se señaló muy particularmente en servicio de la santa Iglesia romana, con notable fruto y reconocimiento de todos los católicos. Él fué el que declaró á los tudescos católicos el nombre, principios y progreso de la Compañía, con tanta gracia y prudencia, que les ganó las voluntades y los aficionó á favorecerla. Y á los herejes resistió de suerte, que admirados de su virtud y doctrina, le convidaron á ir á Sajonia y á disputar con los maestros y ministros de sus errores. Lo cual no hizo por estar ocupado en la fundacion del colegio de Viena, donde murió. Fué hombre blando y manso de condicion; tenía, con una alegría de rostro apacible, una gravedad religiosa y suave; era señalado en el amor de la pobreza, aventajado en la oracion, muy avariento y escaso del tiempo, modesto en su conversacion, y en todas las cosas verdadero humilde. Rehusó con tanta gravedad y firmeza el obispado de Trieste, que todo el tiempo que desconfiaba de poderse escapar de tal dignidad estuvo casi en un continuo llanto y desconsuelo, y cuando se vió libre, volvió á su acostumbrada alegría y dulce conversacion.

CAPÍTULO VI.

Del principio y causas de fundarse el colegio Germánico.

No solamente procuraba Ignacio por medio de los padres de la Compañía hacer bien á las provincias de Alemania, dentro de la misma Alemania (como queda dicho), sino tambien en Italia buscaba su remedio, y deste cuidado tuvo principio el colegio Germánico, que en Roma, por medio de los nuestros, instituyó el papa Julio III, este año de mil y quinientos y cincuenta y dos. Y aunque este colegio no es propriamente de la Compañía, yo le cuento entre los nuestros, porque la Compañía tiene todo el peso y gobierno dél, y así podemos decir que de nuestra Compañía nacen los grandes frutos que deste colegio recibe la Iglesia de Dios. Fué pues su origen desta manera. Desvelábase Ignacio en pensar de día y de noche cómo se podrían remediar los males de toda la cristiandad, y curarse las partes más flacas y más enfermas della,

y sobre todas las otras, le congojaba el cuidado de Alemania, porque la veía más llagada y afligida que las otras provincias; y tratando desto un día con el cardenal Juan Moron, varon de singular prudencia, el Cardenal le propuso esta obra del colegio Germánico, como cosa que por haber sido legado apostólico en Alemania, y conocido los humores de aquellas gentes, pensaba que podria ser de grande provecho para reducir aquellas provincias tan estragadas á la obediencia y subyeccion de nuestra santa fe católica. Persuadiase este prudentísimo varon, no sin gran fundamento, que todo el mal que ha venido á Alemania ha nacido principalmente de la ignorancia y de la mala vida de los eclesiásticos, y que así el remedio ha de venir de las causas contrarias, que son la doctrina maciza y católica de los curas y predicadores, y de su vida ejemplar. Y que convenia que los doctores y pastores de los alemanes fuesen tambien alemanes; porque siendo de una misma nacion, costumbres y leyes, y hermanados con el vínculo estrecho de la naturaleza, serian más amados, y el amor les haria camino para persuadirlos su doctrina, y siendo de la misma lengua, serian mejor entendidos, y ternian mayor fuerza para imprimir en sus corazones la verdad. Pues pensar que en Alemania se hallan tantos destes tales maestros, cuantos para una provincia tan extendida y por todas partes tan necesitada son menester, es cosa excusada. Antes estos pocos que hay, se van cada día acabando, y por el contrario, los maestros herejes son muchos, y como malas yerbas, cada día crecen y se multiplican más. Por estas causas pareció cosa muy acertada hacer un seminario, en el cual, ántes que se acabase de secar en Alemania la raiz de la católica y verdadera doctrina, se fuese sustentando y reviviendo, y los mozos tudescos de escogidos ingenios é inclinados á la virtud, desde aquella edad que es más blanda y más fácil para imprimirse en ella todo lo bueno, aprendiesen las letras y ceremonias y costumbres católicas.

Este seminario no se podia bien hacer en Alemania, porque aunque se tomara el más puro y más incorrupto lugar de toda ella, no podia haber seguridad que los estudiantes mozos y simples, rodeados por todas partes de herejes, no peligrasen entre tan astutos y pestíferos basiliscos, y se les pegase el mal tan contagioso, y se inficionasen con la ponzoña de su perversa y diabólica doctrina. Pues para hacerse fuera de Alemania, ningun asiento de ciudad ni universidad podia ser más á propósito para este fin que la ciudad de Roma (1), por concurrir en ella, más que en otra ninguna, muchas cosas que pueden ayudar á conservar y acrecentar la verdadera y católica religion en los ánimos de aquella juventud, como son la seguridad de la doctrina que se enseña, la santidad de

(1) Todo este párrafo, desde donde dice este seminario, lo habia tachado RIVADENEIRA, diciendo solamente: Este seminario pareció que en Roma estaria mejor que en otra parte. No se admitió la enmienda.

la misma ciudad, la muchedumbre de los católicos que por su devocion á ella vienen, la reverencia y respeto que trae consigo aquella religion, que demas de ser tan antigua, se sabe haber sido predicada en aquel sagrado lugar por los principes de los apóstoles y regada con su preciosa sangre. Y finalmente, la presencia de los sumos pontífices, que con su santo celo y liberalidad podian sustentar este seminario, y ganar las voluntades, con sus beneficios y buenas obras, á aquella gente. Esta fué la principal causa y motivo que hubo de instituirse el colegio Germánico. Inventóle (como dijimos) el cardenal Moron, y comunicado con Ignacio y con otros varones gravísimos, finalmente vino á ser aprobado y favorecido del papa Julio III y de todo el sacro colegio de los cardenales, y para que se pudiese mejor establecer y perpetuar, señaló el sumo Pontífice de su parte cierta renta cada año, y los cardenales de la suya (cada uno segun su posibilidad) contribuian alegrementemente para la sustentacion de los estudiantes alemanes de aquel colegio. De manera que descuidados ellos de buscar lo necesario para su sustento, se empleasen todos enteramente en aprender las letras y costumbres convenientes al fin para que allí se crien. Dióse á Ignacio el cargo de buscar, escoger, y hacer venir á Roma, de todas las partes de Alemania, esta juventud, y de regirla, instruirla y enseñarla. El cual cuidado recibió él con gran voluntad, así por serle mandado por su Santidad, como por la importancia del negocio. Vinieron á Roma muchos mozos tudescos de grande espectacion, señalóseles casa en que viviesen, dióles Ignacio personas escogidas de la Compañía que los gobernasen, hizoles las reglas y estatutos que debian guardar. Proveyó que en nuestro colegio romano tuviesen buenos maestros, que les leyesen las facultades y ciencias que habian de oír. De una sola cosa no quiso que se encargase la Compañía, que fué del dinero y cuentas y lo que tocaba á recibo y gasto, ni jamas se pudo acabar con él que los nuestros se embarzasen en semejantes cosas, que suelen ser sujetas por una parte á mucha solicitud y trabajo temporal, y por otra á murmuracion y sospecha; y así, esta parte se encomendó á personas fuera de la Compañía. Pero como Julio III murió, faltando con su muerte la limosna que él daba para esta obra tan excelente y necesaria, temiendo Ignacio que por la carestía que en Roma sucedió de mantenimientos, y por el bullicio y alborotos de la guerra que hubo en tiempo de Paulo IV, no se deshiciese lo que con tanto trabajo y fruto se habia comenzado, repartió mucha parte de aquellos mozos tudescos (holgando ellos dello) por diversos colegios de la Compañía, para que en ellos se sustentasen hasta que pasase aquella tempestad y ruido de las armas, y los demas sustentó en Roma, buscando para ello dineros con harto trabajo y solicitud de su persona, obligándose él á pagar lo que se le daba. Y sacóle Dios nuestro Señor muy á su salvo destas deudas

dándole liberalmente despues con qué, hasta la pos-trera blanca, se pagasen todas, conforme á la gran confianza que el mismo Dios habia dado á este su siervo para esta obra. Porque en el mismo tiempo de tanta apretura y esterilidad, dijo Ignacio que no desmayase nadie, ni pensase que habia de faltar el colegio Germánico por falta de mantenimiento, porque día vernia en que tuviese tan cumplidamente todo lo que hubiese menester, que ántes le sobrara que faltase. Y en sus principios, estando Ottho Thruses, cardenal de la santa Iglesia de Roma y obispo de Augusta (que fué siempre muy valeroso defensor de la fe católica y singular protector del colegio Germánico), con algun recelo que esta obra no pasase adelante, por las muchas dificultades que cada día más en ella se le ofrecian, el padre Ignacio le envió á decir que tuviese su señoría ilustrísima buen ánimo, y se fiase de Dios, que él le ayudaría y favoreceria en cosa que le era tan agradable y para tanto servicio suyo. Y áun dijo más: que si el Cardenal no quisiese ó no pudiese llevar adelante esta empresa, que él la tomaria sobre sí, confiado de la misericordia y liberalidad del Señor. Y el tiempo nos ha mostrado bien que no se engañó, porque el mismo Señor, que fué el que al principio movió los corazones del papa Julio III y de los cardenales para fundar el colegio Germánico, ese mismo despues ha movido é inspirado á nuestro muy santo padre Gregorio XII á levantarle, que estaba caído, y acrecentarle, y darle en Roma casa propria, y dotarlo y establecerle con muy bastante renta perpétua, por el gran celo que tiene su Santidad de conservar lo que queda, y de cobrar lo que está perdido de la religion católica en Alemania. Y esto es cierto con mucha razon. Porque habiendo los otros Gregorios, pontífices santísimos, sus predecesores, plantado la fe de Jesucristo nuestro Redentor en aquella provincia, y dilatádola y extendídola por toda ella, con tan esclarecida gloria de Dios y suya, y habiendo puesto en ella la majestad y grandeza del imperio romano, dando la eleccion á los principes electores de Alemania, era cosa muy justa que nuestro último Gregorio siguiese las pisadas de los otros Gregorios, sus predecesores, y hiciese una obra tan señalada y tan illustre, de la cual esperamos la restauracion y augmento de nuestra santa fe en aquella nobilísima provincia.

CAPÍTULO VII.

De la muerte del padre Francisco Javier.

En este mismo año de mil y quinientos y cincuenta y dos, el padre Francisco Javier, habiendo partido de la India á predicar el Evangelio á los chinas y á dar á aquellos pueblos ciegos los primeros resplandores de nuestra fe, en la misma entrada de aquella provincia falleció. Este padre fué de nacion español; nació en el reino de Navarra, de noble familia; fué criado con mucho cuidado de sus padres, y pasados los años de la niñez, fué enviado á estudiar á París, donde aprovechó tanto en